

ISAB. Federico.

FEL. (*Empujándole.*) Vaya, otro esfuerzo: más cerca, más.

FEL. (Yo tiemblo.)

ISAB. Venga usted aquí, señorito, venga usted aquí: todo lo sé; pero no tenga usted cuidado, no; nada tengo que añadir á lo que usted mismo conoce: por esta vez yo enmendaré esas locuras, pero contando que no perderé el fruto de esta lección.

FED. En mi vida olvidaré tanta bondad.

FEL. (*Bajo.*) Perfectamente.

ISAB. Federico, te suplico que no te hagas jugador.

FED. Jamás, señora, jamás. (Yo no estoy en mí. ¡Qué bondad!)

FEL. Se supone que ya no jugará.

ISAB. No sabes el sentimiento que me darías.

FED. ¡Ah! no, señora; primero quisiera dejar de existir que darle á usted un sentimiento... y más cuando recuerdo cuántos beneficios he recibido en esta casa, yo que no tenía en el mundo quien pudiera interesarse por mí.

ISAB. Tienes amigos que no te abandonarán mientras no te hagas indigno de sus favores.

FEL. Nunca lo será: yo respondo por él.

FED. (*Besándola la mano.*) Es verdad, nunca. (*Doña Isabel se vuelve para ocultar su conmoción.*)

FEL. (*Bajo.*) Así, señora, así. (Me parece que yo en su lugar ya le hubiera...) (*Hace el movimiento de abrazarle.*)

ISAB. ¿Y tus estudios? ¿á qué altura te hallas? ¿piensas en adquirir un nombre? ¿en formar tu suerte?

FED. Sólo me falta recibirme de abogado.

FEL. Lo ve usted, señora: ¡abogado!

FED. ¡Ah! eso no es nada hasta que uno no adquiere reputación.

ISAB. Dice bien.

FEL. ¡Oh! eso creo que no es tan fácil; pero, de todos modos, siempre es una bonita carrera encontrarse abogado hecho y derecho á su edad. ¿No es verdad, señora?

ISAB. No hay duda: conozco abogados que son muy bien admitidos en las casas más principales.

FEL. Yo lo creo.

ISAB. (*Observando á Federico.*) (No decía mal Felipe. Tiene una figura muy interesante, un aire muy señor.) (*Se levanta, y le dice*

á Federico.) Escucha, Federico: yo pienso en tu porvenir, en tu felicidad. Sólo te pido que no le opongas obstáculos tu mismo con tu conducta. (*Felipe pasa á la izquierda de Federico.*)

FED. ¡Ah! señora, disponga usted de mí; sería dichoso si pudiera consagrarla mi vida.

ISAB. Me alegro; es decir que no encontraré ninguna oposición á mi voluntad.

FED. Suscribo desde luego á perder el fruto de su bondad si vacilo un instante en obedecerla.

FEL. Yo respondo de él.

ISAB. Pues bien, en ese supuesto voy á descubrirte mis intenciones; voy á proponerte un medio de empezar brillantemente tu carrera: he pensado colocarte con una rica heredera de diez mil duros de dote: pones tu bufete, y tienes asegurada tu subsistencia.

FED. ¡Dios mío!

ISAB. Ya le he hablado muchas veces á su tío: tú le conoces, don Jorge Bustillos: ha aceptado el partido, y creo que... ¿No te alegras?

FED. Señora...

ISAB. ¿Qué veo? Esa tristeza... mírame.

FEL. ¡Cuando se le propone este fortunón deshecho, ese silencio!

ISAB. Vamos, habla, Federico: puedes oponer alguna dificultad... responde.

FED. Señora, lo conozco, soy un ingrato.

ISAB. ¡Cómo!

FED. Me es imposible aceptar.

ISAB. y FEL. ¡Imposible!

ISAB. ¡Estoy admirada! ¿Y qué motivo racional...?

FED. Ninguno, señora; permítame usted que calle: no puedo decir más; pero es imposible.

FEL. ¡Qué imprudencia!

ISAB. ¿Qué dices? Pues yo lo exijo, lo mando: esta boda se ha de hacer.

FED. Dígnese usted escucharme: conozco que no debiera pagar de este modo sus beneficios; pero permítame usted que los rehuse todos si para merecerlo es preciso concluir una boda...

ISAB. Enhorabuena, señorito; supuesto que no se puede hacer carrera de usted, yo tomaré mis medidas; tiemble usted mi cólera.

FEL. Reflexione usted lo que hace.

ISAB. Déjale: tú te acordarás de este día.

ESCENA IX

Dichos; MATILDE, acudiendo el ruido

- MAT. ¡Jesus, tía! ¿Qué sucede? ¿Qué enojada está usted!
- ISAB. Me parece que tengo razón para estarlo.
- MAT. ¿Con Federico?
- ISAB. Sin duda; y usted, señorita, que toma siempre su defensa, no sé cómo podrá disculparle en esta ocasión. ¡Rehusar una boda de esta especie!
- FEL. ¡Un dote de diez mil duros!
- ISAB. ¡Y una joven muy hermosa!
- MAT. ¿De veras, Federico?
- ISAB. ¿Y por qué razón?
- FED. Y si no me creyese yo libre... si mi corazón estuviese...
- ISAB. ¡Cómo! ¿Es por eso?
- FEL. Sí, señora, se me había olvidado, está enamorado.
- FED. ¡Por mi desgracia! Pero esto no me autoriza para hacer, casándome, la de otra persona.
- MAT. Querida tía, á lo menos es hombre de bien, y usted no le puede obligar á...
- ISAB. Puedo obligarle á ser racional, sí, señor... acabemos. ¿Y quién es esa belleza que le impide á usted obedecer mis...?
- FEL. Responda usted. ¿Quién es?
- FED. Permítame usted que lo calle, es mi secreto; nadie lo sabrá; puedo amarla sin delinquir, y sería culpable si la nombrase.

ESCENA X

Dichos, EL VIZCONDE

- VIZ. ¿Dónde están ustedes? Todos me han dejado... Te buscaba, prima.
- MAT. ¿A mí?
- VIZ. Yo, como me duermo cuando estoy sin hacer nada, me divertía en registrar tu cartera de dibujo. ¡Qué países tan bonitos! Estaba acabando ya, cuando de pronto cae á mis pies esta carta cerrada.
- ISAB. ¿Una carta?
- VIZ. Con el sobre para Matilde.
- FED. (*Turbado.*) ¡Es la mía!

- ISAB. ¿Qué quiere decir esto?
- MAT. Yo no sé, tía. Véalo usted.
- FEL. (*A Federico, que se estremece.*) ¿Qué tiene usted?
- FED. ¡Soy perdido!
- ISAB. Una declaración.
- VIZ. (*Leyendo con su tía.*) Firmado: «Federico.»
- MAT., ISAB. y FEL. ¡Federico!
- ISAB. ¡Qué insolencia! ¡Tiene usted valor!...
- FEL. ¡Imprudente!
- FED. Todo se ha perdido. ¡Desgraciado!
- ISAB. ¿Qué te parece, vizconde?
- VIZ. Dé usted alas á estos niños... ahí verá usted.
- ISAB. Efectivamente, mi excesiva bondad, mi indulgencia tiene la culpa de todo.
- FEL. Señora...
- ISAB. Dejadme... este es el pago de mi protección.
- FED. ¡Que no me confunda un rayo!
- ISAB. Enhorabuena: usted lo ha querido, usted se lo ha buscado; yo he hecho lo posible por atraerle á usted al buen camino, todo ha sido inútil. Basta de sufrimiento; saldrá usted de mi casa.
- FEL. ¡Cielos!
- FED. ¿Qué escucho!
- ISAB. Vizconde, esta es la llave de mi papelera; extiende una libranza de un año de pensión contra mi banquero.
- FED. ¿Piensa usted, señora, que puedo seguir aceptando sus favores?
- FEL. (*Bajo.*) Calle usted.
- ISAB. Matilde, entra en tu cuarto: Felipe, ven conmigo.
- FEL. Señora, hágase usted cargo...
- ISAB. Ni una sola palabra quiero oír sobre este particular. (*Vase.*)
- FED. ¡Infeliz de mí! Ya está fijada mi suerte: enhorabuena. ¿Qué importa? ¿No estaba ya decidido? Todo el mundo es mi patria; sí, corramos á disponer la marcha. ¡Ah! ¡No he podido hablarla! ¡Matilde! ¡Matilde! Partiré; pero ya que dejo esta casa para siempre, ya que no he de volver á verte, tú sabrás al menos mis sentimientos; tú conocerás el sacrificio que hago por tí.



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

FEDERICO (Sale de su cuarto.)

Pocas horas me quedan de estar en casa; ya no me falta más que dar el último adiós á Matilde; si estará todavía en su cuarto... (Mirando por la cerradura.) Sí. ¡Matilde! ¡Matilde! ¡Resolución!

ESCENA II

MATILDE, FEDERICO

MAT. ¡Ah! ¿Es usted, Federico? Perdone usted si después de lo que ha hecho no me atre-

vo á conservar la misma intimidad que nos ha unido hasta aquí, y si en cumplimiento de las órdenes de mi tía evito una conversación que usted ha hecho peligrosa con su imprudencia. (Yéndose.) (¡Pobre Federico!) (En el momento en que va á entrar en su cuarto, Federico pasa á su derecha y la detiene.)

FED. Matilde, Matilde, dos palabras: por favor.

MAT. (Junto á la puerta.) No puede ser.

FED. Yo se lo suplico á usted; óigame usted.

MAT. Ya es imposible: mi tía... el vizconde...

FED. (Mirando por la puerta del fondo.) Poco me importa su cólera: sólo temo la de usted... y cuando una sola palabra pudiera disculparme...

- MAT. Disculparle... ¡Ojalá!
- FED. Este secreto no debiera haber salido nunca de mi pecho. Lo sé, y si me determiné á revelarle fué porque estaba decidido á huir para siempre de esta casa, á morir...
- MAT. ¿Qué dice usted?
- FED. Y ese es el único partido que puedo tomar en esta situación.
- MAT. (*Acercándose.*) ¡Cielos! Federico... ¡Ah! ya sé que no tengo derecho para exigir nada de usted. Pero si, como usted dice, me ha ofendido, si usted quiere que le perdone, renuncie usted á esas ideas, prométame usted conservarse para sus amigos.
- FED. Amigos ya no los tengo.
- MAT. Más de los que usted piensa.
- FED. (*Arrojándose á sus pies.*) ¡Qué escucho! Matilde, acaba usted de hacerme feliz.

ESCENA III

Dichos; EL VIZCONDE, que entra por el fondo con una libranza en la mano.

- VIZ. (*Al verlos.*) ¿Qué es esto?
- MAT. ¡Ay! (*Huye á su cuarto.*)
- VIZ. (*Riendo.*) Magnífico... Ese es el patético más sublime... Felizmente esta escena no ha tenido más testigos que yo.
- FED. Caballero...
- VIZ. Basta. No hablaré una palabra de esto á mi tía; tal vez le privaría á usted de este último beneficio. (*Le da la letra.*) Ahí tiene usted esa libranza; tómela usted, y aléjese. Tómela usted, repito.
- FED. Jamás; la mano que me la ofrece sería muy suficiente motivo para que yo la rehusase.
- VIZ. ¿Qué quiere decir eso?
- FED. Que debo mil consideraciones á mi bienhechora, pero á usted, caballero, no creo deberle nada... y no sé con qué derecho se ha tomado la libertad de...
- VIZ. (*Riendo.*) ¿De sorprenderle á los pies de su prima?
- FED. No, señor, de apoderarse de una carta que no era para usted; esa es una acción digna sólo de un hombre sin principios, sin educación... me parece que me explico.
- VIZ. ¡Hola, hola! Caballerito, me parece que está usted abusando de su posición y mi delicadeza: se prevale usted de la ventaja de no tener un estado en el mundo, ni representación alguna para insultarme. . . eso

es poco generoso. Yo no puedo aceptar semejante contrario.

- FED. Sin duda: su apellido de usted, su cuna harían el combate muy desigual.
- VIZ. No me ha entendido usted; no hablo de esas distinciones: al fin con la espada en la mano no seríamos más que dos hombres simplemente; hablaba sólo de la posición de usted en esta casa.
- FED. Ya no estoy en ella, me han echado.
- VIZ. Debiera usted recordarla, así como los respetos...
- FED. Usted me lo hace olvidar todo; he recibido los beneficios de la tía y los ultrajes del sobrino; estamos pagados, y si usted no es un cobarde...
- VIZ. ¡Caballero! Basta, ya me ciega mi cólera; usted necesita una lección, se la daré.
- FED. Veremos quién la da ó la recibe.
- VIZ. Necesito una satisfacción.
- FED. Ese es mi deseo.
- VIZ. Corriente: ¿qué armas?
- FED. Cualquiera.
- VIZ. ¿La espada?
- FED. Sea la espada.
- VIZ. ¿Testigos?
- FED. No los necesito.
- VIZ. ¿El sitio?
- FED. Fuera de la puerta de Atocha.
- VIZ. ¿A qué hora?
- FED. Ahora mismo.
- VIZ. Perfectamente.
- FED. Le sigo á usted.

ESCENA IV

FEDERICO

¡Bravo! El tira muy bien, yo en mi vida las he visto más gordas: mejor, con eso acabaremos más pronto, y me veré libre de una existencia que me es odiosa. Y ya que no he de volver á ver á Matilde, ya que es preciso abandonar hoy mismo esta casa...

ESCENA V

FEDERICO, FELIPE

- FEL. (*Que ha oído las últimas palabras.*) ¿Abandonarla? Todavía no.
- FED. ¿Qué dices?
- FEL. Que acabo de hablar por usted.
- FED. ¿No te lo había prohibido?
- FEL. Oígame usted: usted ha hecho muchos disparates: el primero amar á la señorita

- doña Matilde; el segundo escribirle; y el tercero, sobre todo, no haberme dicho una palabra.
- FED. ¿A tí?
- FEL. Sí, señor; esta es una idea como otra cualquiera; si yo la hubiera sabido antes se hubiera obrado con arreglo á ella.
- FED. ¡Qué dices! ¿Es posible?
- FEL. ¡Si es posible! Sepa usted que hace veinte años que no ha pasado un solo día en que yo no haya pensado en su prosperidad de usted, en su porvenir... nunca tendrá usted tanta ambición como he tenido yo para usted.
- FED. ¡Querido Felipe!
- FEL. Sí, y para llegar al término es preciso dejarse llevar. Usted se queda en casa.
- FED. ¡Cierto! ¿Cómo te has compuesto para lograrlo?
- FEL. Con dos condiciones, de cuyo cumplimiento he respondido yo por usted.
- FED. Desde ahora las apruebo.
- FEL. Primera, que evitará usted relaciones con Matilde, y que no volverá en su vida á decirle una palabra acerca de la carta.
- FED. ¡Dios mío! Esto es hecho.
- FEL. ¿Qué?
- FED. Nada, nada; ¿y la segunda?
- FEL. Guardar consideraciones al vizconde, hacer las paces con él, y para empezar darle una satisfacción, pedirle mil perdones acerca de lo que ha pasado, puesto que como novio de Matilde debe estar ofendido.
- FED. ¿Yo pedir perdón? ¿y á mi rival? ¿al autor de mis desgracias, á un hombre de quien sólo recibo ultrajes? ¿perdón? Cuando voy á batirme con él...
- FEL. ¡A batirse!
- FED. Sí; aunque esto haya de costarme la vida, no puedo escuchar más que la voz de mi resentimiento. Hemos empeñado entrambos nuestra palabra, estamos citados, y esto ha de ser.
- FEL. ¡Citados!
- FED. Sí, y es preciso que me encuentre ya allí cuando vaya: quiero ser el primero. ¿Qué, tiemblos? ¿Es de miedo?
- FEL. Tal vez; por mí mismo no he experimentado nunca lo que ahora por usted. ¡Batirse! ¡Y sin saber coger una espada!
- FED. ¿Qué importa?
- FEL. ¡Y con un hombre que tiene tanta seguridad!
- FED. Me es indiferente.
- FEL. Es correr á una muerte cierta.
- FED. Enhorabuena: ¿qué importancia tengo en el mundo? Solo en la tierra, como un ente caído del cielo, sin saber quién soy, debiéndome avergonzar tal vez de mi origen, sin padres, sin familia...
- FEL. ¿Qué, yo no soy nada para usted?
- FED. (*Cogiéndole la mano.*) Sí, Felipe, sí; tú, tú solo me has querido, lo sé: ahora mismo te veo conmovido; tus ojos arrasados en lágrimas.
- FEL. (*Conmovido.*) Pues en nombre de este cariño tan antiguo, por estas lágrimas que su peligro de usted me arranca, renuncie usted á tan funesto designio.
- FED. ¡Renunciar!
- FEL. (*Con energía.*) ¡Federico! Amigo mío, yo se lo suplico á usted, se lo pido de rodillas, no por la señora, cuyos beneficios quiere usted pagar con tal ingratitud; no por Matilde, á quien va usted á hacer mil veces más desgraciada; sino por mí, por el pobre Felipe, que le ha visto á usted nacer, que le ha recibido en sus brazos; olvide usted los despropósitos de un atolondrado, un loco.
- FED. ¡Olvidarlos! Jamás.
- FEL. Pero ¿sobre qué fué la disputa?
- FED. No sé; sólo sé que debo vengarme.
- FEL. ¿Qué le ha dicho á usted?
- FED. (*Enajenado.*) No lo sé, nada; pero debo vengarme de él, de su amor, de su boda con Matilde. La hora se acerca; vamos, Felipe, mi espada.
- FEL. (*Con frialdad.*) No, señor.
- FED. ¿Cómo que no?
- FEL. No va usted.
- FED. ¿Qué te atreves á proponer?
- FEL. Que ya que es usted sordo á mis ruegos y á la voz de la amistad, ya que olvida todos sus deberes, yo cumpliré con los míos: usted no saldrá de aquí.
- FED. ¿Quién me lo ha de impedir?
- FEL. Yo.
- FED. Eso lo veremos. (*Se acerca á la mesa, coge sus guantes, su sombrero y su bastón: al mismo tiempo Felipe va á cerrar la puerta y coge la llave.*) ¡Cómo! (*Se vuelve y lo ve.*) ¿Te atreves?...
- FEL. Sí, señor, á salvarle á usted, mal que le pese; sí, señor, le he dicho á usted que no saldrá de aquí, y no saldrá usted.
- FED. ¡Qué osadía! (*Conmovido.*) Felipe, vuélveme esa llave.

FEL. No, señor.

FED. (*Colérico.*) Teme mi furor.

FEL. Nada temo; y le prohibo...

FED. ¡Prohibirme! Esto ya es demasiado, y una insolencia semejante...

FEL. (*Queriendo contenerle.*) Téngase usted.

FED. (*Enarbolando el bastón.*) Yo la castigaré.

FEL. ¡Pega, desgraciado, pega á tu mismo padre!

FED. ¡Mi padre! (*Deja caer su bastón.*)

FEL. Sí, yo soy tu padre: ¿cuál otro origen podía tener este cariño de que no ceso de darte pruebas desde que naciste? Este es el secreto de que he sido víctima; secreto fatal que debía haber muerto conmigo, secreto que he guardado hasta ahora religiosamente por tu misma felicidad; secreto, en fin, que me has obligado á descubrir para librarte de un crimen horroroso.

FED. No me atrevo á levantar los ojos.

FEL. Te avergüenzas sin duda de deber tu existencia á un criado.

FED. ¡Yo avergonzarme! nunca; y esa idea...

FEL. Sólo una cosa me resta que decirte; este criado era soldado cuando naciste: en la flor de mis años, en la edad del valor, me esperaba una carrera brillante en una época tempestuosa en que el amor á la independencia de la España y la intrepidez bastaban para encontrar los grados y los honores en la trinchera enemiga. Pues bien, gloria, ascensos, fortuna, hasta la esperanza de morir honrosamente por el rey y por la patria en un campo de batalla, todo lo sacrifiqué para permanecer al lado de mi hijo: para cuidar de su infancia no temí exponerme al menosprecio, á la humillación, abrazando un estado... en fin, ciñéndome á ser tu mismo criado. Y esto sin sonrojarme, porque muchas veces me decía á mí mismo: «Federico me amará, y esto me basta.»

FED. ¡Padre mío, perdón! (*Se arroja en sus brazos.*) ¿Cómo pagar tantos beneficios? ¿Cómo expiar mis faltas? Querido padre, ¡cuán dulcemente suena en mis oídos este título sagrado! Ya tengo un amigo, una familia; ya no estoy solo en el mundo.

FEL. (*Enjugándose los ojos.*) Hijo mío, cálmate.

FED. ¡Ah! Por favor, explíqueme usted...

FEL. Silencio eterno acerca de este misterio; una promesa sagrada, un juramento me liga; que no sospeche nunca nadie que le he violado. ¿Te negarás ahora á obedecerme?

FED. No, no; estoy dispuesto á todo: hable usted.

FEL. Entra en tu cuarto.

FED. ¿Y el vizconde, que me espera?

FEL. ¿No tienes confianza en mí?

FED. Sí; pero huir, ocultarme... ahora menos que nunca: mi honor es el de usted también.

FEL. Eso me toca á mí; un militar antiguo sabe como tú lo que el honor exige.

FED. (¡Cielos! y no hay más puerta que esa; es imposible escaparme.) Se lo suplico á usted.

FEL. Entra, Federico; te lo ruego.

FED. ¡Querido padre!

FEL. Pues bien, te lo mando.

FED. Obedezco. (*Se inclina con respeto, y entra en su cuarto. Felipe lo observa.*)

ESCENA VI

FELIPE. (*Va á poner la llave en la puerta.*)

¡Ah! Conozco cuanto debe padecer, y ya le quiero más... pero no; nadie me privará del único bien que me queda, y debo antes de todo... aquí está la señora.

ESCENA VII

FELIPE, DOÑA ISABEL

ISAB. ¿Le has visto, Felipe? ¿Le has indicado mi voluntad?

FEL. Hable usted bajo, señora; está ahí.

ISAB. ¡Federico! Pero ¿qué ha habido? estás pálido, demudado.

FEL. He llegado á tiempo: se iba á batir.

ISAB. ¡A batirse!

FEL. Sí, con su sobrino de usted.

ISAB. ¡Cielos! debiste estorbárselo, prohibírselo.

FEL. Eso es precisamente lo que he hecho; le he encerrado en su cuarto, y hasta nueva orden nada hay que temer; pero al hacer uso de mi autoridad ha sido preciso probarle que tengo derecho para tenerla: ya sabe que soy su padre.

ISAB. ¡Qué has hecho!

FEL. Tranquilícese usted, no sabe más; la segunda parte del secreto no me pertenecía, la he respetado: pero desengañémonos, señora, estas medidas de nada sirven, ellos se han desafiado, y tarde ó temprano...

ISAB. ¡A pesar de tu prohibición!

FEL. A su edad y en hombres de honor esas

prohibiciones no hacen más que aumentar el deseo de batirse: yo me acuerdo de lo que sentía y de lo que siento aún con sólo la idea de un ultraje: no hay más que un medio de estorbar esta desgracia, y usted sola puede emplearle.

ISAB. ¡Yo, Felipe!

FEL. Sí, señora, quitando la causa.

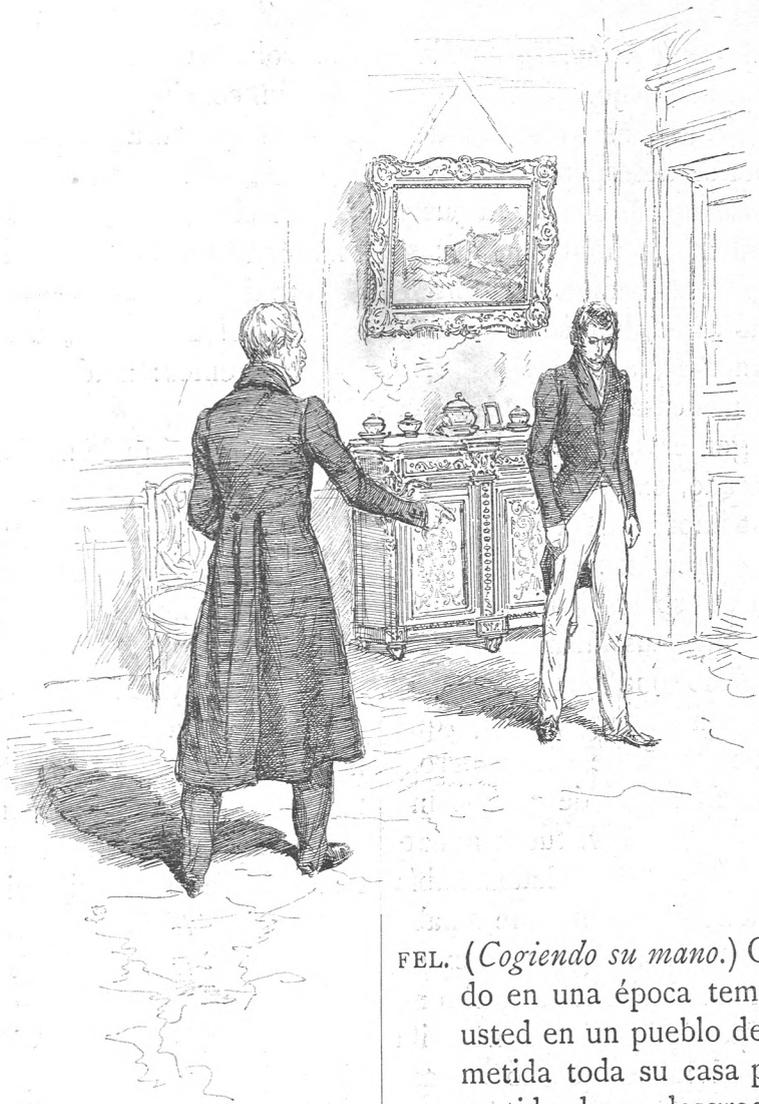
ISAB. ¿Y cómo?

FEL. Federico ama á Matilde.

ISAB. Bien, ya lo sé.

FEL. El vizconde no tiene amor sino á su dote; no le será difícil renunciar á ella, y depone todo proyecto de venganza si usted se lo manda; en cuanto á Federico, yo respondo de él, si obtiene la mano de Matilde.

ISAB. ¡La mano de Matilde! Felipe...



FEL. Señora, es preciso.

ISAB. Tú estás loco, Felipe: ¿humillarme hasta ese punto? ¿dar armas contra mí?

FEL. ¿Y qué, cuando en ello va la vida...?

ISAB. Se podrá hallar otro medio de salvar á tu hijo; pero casar á mi sobrina con un hombre oscuro...

FEL. Se lo suplico á usted.

ISAB. Repito que es imposible, y acabemos, Felipe; eso es olvidar lo que me debes, y quién eres.

FEL. (*Indignado.*) ¡Quién soy! Usted es quien lo olvida, pero yo se lo recordaré.

ISAB. ¡Felipe!

FEL. (*Cogiendo su mano.*) Oigame usted. Cuando en una época tempestuosa se hallaba usted en un pueblo de provincia, comprometida toda su casa por la adhesión á un partido de su desgraciado padre; cuando sola, abandonada, iba usted á ser la víctima de un populacho sediento de sangre, á pesar de su sexo y de su edad; cuando iba usted á pagar con la cabeza la funesta fama de un apellido demasiado comprometido, ¿á quién acudió usted entonces para que la amparara? Un pobre sargento era tal vez el único que podía salvarla en aquella circunstancia difícil; se acogió usted á él, y este pobre sargento no desoyó la voz de la piedad: en medio del furor de los bandos, del riesgo de parecer traidor á su partido, este pobre sargento no se contentó con guarecer su persona de usted sino que también defendió su casa: entonces, ¿lo ha

olvidado usted ya? la muerte nos amenazaba á todos, y no veía usted tanta distancia entre un soldado y la orgullosa...

ISAB. ¡Felipe!

FEL. Sí; entonces yo era joven, era valiente, pero no era nada más que un soldado, y sin embargo, usted lo olvidó un momento... el agradecimiento tal vez, la situación, todo produjo el amor, y desde entonces su libertador de usted vino á ser su esclavo.

ISAB. (*Asustada, señalando la puerta de Federico.*) ¡Por Dios! más bajo.

FEL. Entonces, conmovido por sus remordimientos de usted, por su desesperación, á todo me sometí; quiso usted, como era justo, reparar el extravío de un momento; su conciencia exigía que la religión santificase su falta, y exigió usted de mí que vínculos sagrados y eternos borrasen aquel error: á nada me opuse, nos casamos; aún más: por el decir de las gentes, por ese mismo orgullo inconsiderado, exigió usted de mí que nuestro matrimonio fuera y se conservase eternamente secreto: yo consentí, y desde aquel día tu esposo, Isabel, ignorado, confundido entre tus mismos criados, nunca ha proferido una queja, una sola queja. ¿Y sabes, sin embargo, todo lo que sacrificué? Nunca te lo he dicho, pero... en una aldea feliz, al lado de mi anciano padre, una joven bella y virtuosa aguardaba el regreso del infeliz soldado... había recibido mi juramento; en fin, me amaba aquélla, y me amaba con orgullo, se envanecía con mi amor: ella hubiera hecho mi fortuna; pues, á pesar de todo, yo la escribí que ya la había olvidado, que no contase con mi corazón, que nunca me volvería á ver. Hice aún más; por permanecer al lado de mi hijo me resigné á verle huérfano en la casa de los autores de sus días, criado por compasión en casa de su madre, que para ocultar una supuesta falta le priva de sus derechos; me condené á no estrecharle nunca en mis brazos, á no amarle sino á hurtadillas como si fuera un crimen; y en premio de tanta resolución, de tan grandes sacrificios, sólo una cosa te pido, una sola, ¡Isabel! la felicidad de tu hijo, y me la niegas.

ISAB. ¡Ah! Tú no sabes cuán á mi pesar, pero me es imposible, y extraño este rompimiento: después de veinte años de silen-

cio, no esperaba yo que tú exigieras una cosa que puede arrebatarme en un día lo que más estimo en el mundo, el aprecio y la consideración de los que me rodean; si esta boda se hiciese me acusarían de olvidar mi cuna, y Dios sabe si le darían una interpretación siniestra, si adivinarían la verdad. ¡Ah! si la pública malignidad llegase á traslucir aquella falta, si se llegase á saber este vergonzoso secreto, ¡cielos! sólo de pensarlo me estremezco, yo no sobreviviría, Felipe, á semejante afrenta: en fin, concluyamos, esta boda es imposible, y no se hará jamás.

FEL. ¡Jamás!

ISAB. Felipe, déjame. (*Quiere irse.*)

FEL. (*Deteniéndola con fuerza.*) No, Isabel, no te dejes.

ISAB. ¡Ah! Por Dios, acuérdate de nuestros convenios: muda ese estilo, que te pueden oír.

FEL. Bien, señora, le mudaré; será un sacrificio más, pero con una condición. Yo he podido inmolarme á su tranquilidad de usted, á su orgullo... pero en cambio de tantos tormentos, de tales humillaciones, necesito la felicidad de mi hijo... me es indispensable, lo exijo, y la lograré por cualquier medio que sea, aun por los que usted tanto teme.

ISAB. ¿Qué oigo? ¿Y tu deber, tus juramentos?

FEL. Y usted que me reconviene, ¿cumple usted por ventura los suyos?

ISAB. Gente viene: ¡silencio por Dios! (*Felipe vuelve á tomar una postura reverente. Doña Isabel se aparta hacia la izquierda.*)

ESCENA VIII

Dichos, LORENZO

LOR. Señor Felipe...

ISAB. ¿Qué hay, Lorenzo?

LOR. Nada, señora; es para el señor Felipe.

FEL. ¿Para mí?

LOR. Sí, señor, ese papel para usted que acaba de subir el portero: si yo hubiera sabido que estaba aquí la señora, no hubiera entrado así...

FEL. No tiene sobre.

LOR. No importa, no importa, es para usted; un mozo la ha traído hace ya un buen rato, diciendo que se la entregasen al instante.

FEL. Es particular.

ISAB. Basta. Anda con Dios, Lorenzo.

ESCENA IX

FELIPE, DOÑA ISABEL

- FEL. No sé por qué me estremece esta carta. (*Recorre la carta, y da un grito.*) ¡Ah!
- ISAB. ¿Qué es?
- FEL. ¡Federico! ¿será cierto? (*Suelta la carta, y se arroja en el cuarto de Federico.*)
- ISAB. ¡Federico! ¿Qué dice? ¿qué nueva desgracia...? (*Recoge la carta, y la lee rápidamente.*) «Padre mío, perdóneme usted si le desobedezco; pero ahora menos que nunca puedo vivir afrentado. Hijo de militar, nadie podrá llamarme cobarde; ha llegado la hora. Adiós. Dentro de poco, ó quedará vengado, ó ya no existirá.» (*Dirigiéndose hacia Felipe.*) ¿Es posible? ¡Federico!
- FEL. (*Pálido.*) Esto es hecho; la ventana que da al patio estaba abierta... se ha escapado.
- ISAB. ¡Dios mío!
- FEL. Marchó, y tal vez en este momento... (*Sollozando.*) ¡Hijo mío! ¡querido hijo!
- ISAB. (*Sosteniéndole.*) ¡Felipe!
- FEL. (*Cayendo sobre un sillón.*) Ya no le veré más; le matará.
- ISAB. (*Agitada.*) No, no; tal vez será tiempo todavía; es preciso seguirlos.
- FEL. ¿Y adónde? ¿Dónde estarán ahora?
- ISAB. No importa, es preciso hallarlos. (*Corriendo á la puerta del fondo, que abre, y llama.*) Lorenzo, Pepe, Antonio, (*Toca la campanilla.*), venid todos, pronto, al momento.

SCENA X

Dichos, LORENZO, varios criados, MATILDE

- ISAB. ¿Dónde está mi sobrino?
- LOR. ¿El señor vizconde? Ya ha rato que salió.
- ISAB. Y Federico, ¿quién le ha visto salir?
- LOR. Yo estaba á la puerta cuando salió; subió sin reparar en nada en un coche de alquiler de los que están en fila en la calle...
- ISAB. ¿Qué dirección tomó?
- LOR. No puse cuidado, señora; y no sé...
- MAT. (*Entra.*) ¿Qué es eso, querida tía? ¿qué hay?
- ISAB. Nada, hija; quisiera hablar inmediatamente al vizconde. (*A los criados.*) Montad á caballo todos, id á casa de mi sobrino, á casa de sus amigos, buscadle donde quiera que esté, decidle que le espero, que quiero verle al momento; vamos, al instante.
- LOR. Pero, señora...

- ISAB. Sin dilación, y traedle con vosotros. (*Vanse.*)
- MAT. ¡Dios mío! Nunca la he visto á usted tan inquieta por el vizconde. ¿Es cosa tan urgente?
- ISAB. Sí; quítate: ¿me dejarás en paz? Te lo mando: ¿no puedo yo estar sola?
- MAT. Me voy, tía, me voy. ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Qué será esto? (*Vase.*)

ESCENA XI

DOÑA ISABEL, FELIPE

- ISAB. Felipe... vuelve en tí: tal vez... sí... volverá.
- FEL. No, señora, no; él no tiene más que valor, y su contrario... no me engañan mis presentimientos, ya nunca le veré.
- ISAB. (*Llorando.*) ¡Federico! ¡Nuestro hijo!
- FEL. Esa es a primera vez que pronuncia usted esa palabra: ¡nuestro hijo! Ahora llora usted; ya es tarde.
- ISAB. Sí; aunque se haga pública mi vergüenza, yo le quiero con todo el amor de madre: ¿cuántas veces se han abierto mis brazos para estrecharle á mi pecho, para llamarle hijo!... siempre se cerraban de desesperación... ¡Ah, Felipe! si hubieras podido eer en mi corazón, si hubieras conocido sus angustias, la lucha de sus afectos, me hubieras perdonado. Mi único consuelo era pensar en él, pensar en su porvenir, en su felicidad, sus bienes...
- FEL. (*Amargamente.*) ¡Bienes! ¡dinero! Sí; ustedes creen que eso es todo. (*Se levanta.*) Una madre era lo que debía usted haberle dado.
- ISAB. ¡Por Dios, Felipe!
- FEL. Usted le amaba, y él no lo sabía.
- ISAB. ¡Felipe!
- FEL. Morirá sin que su madre le haya dado un abrazo.
- ISAB. ¡Por Dios!
- FEL. Su orgullo de usted... usted es quien le asesina.
- ISAB. ¡Cielos! no, no; no morirá: el cielo tendrá piedad de nosotros. Matilde, mis bienes, mi vida, todo lo doy si me vuelven á Federico.
- FEL. A buena hora. (*Escucha.*)
- ISAB. ¿Qué es eso?
- FEL. ¡Silencio! ¿No oye usted? Ha sonado un coche.
- ISAB. Ha parado en casa. (*Se miran, y se dan*

la mano para sostenerse: doña Isabel, trémula.) Sí. ¿Por qué hemos de temblar? El será, Federico.

FEL. Sí, le traerán moribundo.

ISAB. Esto es demasiado padecer: sepamos cuanto antes... (*Se precipita hacia la puerta, y encuentra á Matilde.*)

ESCENA XII

DOÑA ISABEL, MATILDE, FELIPE

MAT. Tía, tía, tranquilícese usted; aquí está.

FEL. é ISAB. ¿Quién?

MAT. (*Alegre.*) Su sobrino de usted, el vizconde.

ISAB. Yo fallezco. (*Cae en un sillón.*)

MAT. ¿Cómo?... preguntaba usted por él, y cuando viene... ¡Dios mío! socorrámosla: Felipe... ¡ay! me da usted miedo.

FEL. Viene, ¿eh? Mejor... me matará también á mí, ó le vengaré. (*Va hacia el fondo y Matilde quiere detenerle.*)

MAT. ¡Felipe!

ISAB. Detente. (*En el fondo el vizconde.*)

TODOS. El es.

ESCENA XIII

Dichos, el VIZCONDE

FEL. Viene solo; no hay duda.

ISAB. Yo me muero.

VIZ. (*Alegre.*) Vamos, ¿qué ocurre? Están ustedes todos pálidos, consternados... (*Se acerca á su tía.*) ¿Con que usted sabía?...

ISAB. Todo lo sabemos.

VIZ. ¿Y temblaba usted por mí? ¿Qué bondad! Pues ya sosiéguese usted, tía mía, ya estoy aquí.

FEL. (*Acercándose al vizconde.*) ¿Y Federico?

MAT. (*Asustada.*) ¡Federico!

FEL. (*Con rabia.*) Salgamos...

VIZ. (*Admirado.*) ¿Qué? ¿Qué tiene este hombre?

FEL. Sígame usted.

VIZ. ¿Para qué, para socorrerle? Es inútil... Su herida no vale la pena.

ISAB. ¿Qué dices?

MAT. ¡Su herida!

FEL. ¿No está más que herido?

VIZ. Un rasguño... Contra mi costumbre.

TODOS. ¡Es posible!

FEL. ¡Ah! Vizconde, ¿no me engaña usted?

ISAB. ¿No le has muerto?

VIZ. ¡Yo! Pues está bueno; si hubiera sido un

tirador como yo, podía apostarse doble contra sencillo que ese hubiera sido el resultado; pero como es un torpe, que en su vida las ha visto más gordas, él ha sido el que por poco me...

FEL. ¡Cómo!

VIZ. Primero le pinché en la mano... un arañazo, nada; entonces me planté, y le dije: «Señor mío, basta, ya hay sangre.» «¡Cómo que basta!—gritó volviendo á coger su espada,—no, señor; aquí ha de quedar uno de los dos; defiéndase usted.» Y se arroja sobre mí, como un loco, sin gracia, sin método, contraviniendo á todas las reglas; cosa insufrible para quien se bate por principios. Y en el momento en que yo le grité, riéndome, que tenga mejor su espada, me hace saltar la mía.

FEL. ¿Le ha desarmado á usted?

VIZ. Contra todas las reglas; sin embargo, lo confieso, se ha portado con honor, y, si no es diestro, á lo menos es valiente.

ISAB. (Reconozco la sangre que corre por mis venas.)

VIZ. Entonces me dijo generosamente: «Vuelva usted á tomar su espada;» y yo no quise: al fin le debía la vida.

FEL. (Es hijo mío.)

ESCENA XIV

Dichos; FEDERICO, que trae la mano vendada con un pañuelo.

TODOS. ¡Federico!

FED. (*Abrazando á Felipe.*) ¡Querido amigo! ¡Querido pa...!

FEL. (*Interrumpiéndole.*) Bien, bien. (*Mirándole con vanidad.*) (Es mi hijo, es mi hijo.)

FED. ¿Me perdonan ustedes este mal rato que...?

MAT. Yo, no, señor; no tiene perdón habernos dado tal susto.

FED. ¡Matilde!

ISAB. (A mí nada me dice; me juzga indiferente y no cree deberme consolar.) ¡Ah, cuánto sufro! (*A él.*) Federico...

FED. Perdone usted, señora; apenas me atrevo á presentarme delante de usted.

ISAB. ¿Por qué? ¿Crees que no he participado de los temores que los dos me habéis causado, yendo en ello lo que más aprecio en el mundo? (*Mirando á Felipe.*)

VIZ. Es usted muy amable, tía; ya sabe que ha hecho un gran servicio á toda la familia.

ISAB. Por lo mismo debemos agradecersele de una manera digna de nosotros. Sobrino,

varias veces hemos hablado de tu boda con Matilde; pero me parece que he leído en su corazón...

MAT. ¿Me dice usted á mí, tía?

ISAB. Sí; me parece que prefiere, como su madre, una boda por amor á una boda por razón de estado; y para satisfacer de este modo las obligaciones de toda la familia, he determinado, si á ella le parece bien, conceder su mano á aquel á quien tú debes la vida.

FED. ¡Es posible!

MAT. ¡Qué fortuna!

VIZ. (Por consideraciones á mí le da una heredera de cien mil reales de renta. ¡Jesús, lo que me quiere mi tía!) (*Felipe se acerca á doña Isabel.*)

ISAB. Y además haré por Federico lo que debo hacer. (*Bajo.*) Así que se casen, Felipe, ahora no.

FEL. (*Id.*) ¿Qué tiene usted?

ISAB. (*Id.*) ¿Qué ganas tengo de abrazarle!

FEL. (*Id.*) ¿Y quién se lo impide á usted?

ISAB. (*Id.*) No me atrevo.

FEL. (*Id.*) ¿No se atreve usted? ¡Qué desgraciada debe usted ser! Vaya, (*Alto.*) caballero, ¿quiere usted más? Ha hecho usted

una bonita suerte; una mujer lindísima, cien mil reales de renta... ¿No da usted las gracias á quien tanto hace por usted?

FED. ¡Ah! Mi vida no bastaría para... (*Besa la mano á doña Isabel.*)

FEL. ¡Eh! No, señor, así no. (*Empujándole.*) Un abrazo; la señora lo permite.

ISAB. ¡Ah! (*Le abraza.*) No resisto más. ¡Hijo mío!

FED. ¡Qué dice usted!

MAT. y VIZ. ¡Su hijo!

ISAB. Sí, amigos: ha llegado el momento de descubrir un secreto que ha estado á punto de exponernos á todos á una desgracia. Vuelve, hijo mío, á mis brazos, y tú, Felipe, basta de humillaciones; llega, y ocupa para siempre el lugar que de derecho te corresponde, y que te ha conquistado tu virtud. Felipe es mi esposo.

MAT. y VIZ. ¡Qué dice usted!

ISAB. Sí; más despacio podré explicaros este arcano. (*A Felipe.*) Desde hoy sólo tendrás á tu cargo la felicidad de toda la casa.

FEL. Yo soy dichoso, más dichoso que nadie; mírelos usted unidos; estos eran los deseos de Felipe; se han cumplido, y ya nada necesito.